

Robert Burton



El saber enciclopédico y
melancólico en
su biblioteca de Oxford

Hay bibliotecarios que pasan su vida tocando los libros pero sin abrirlos demasiado. En el otro extremo, existen también bibliotecarios cuyo puesto de trabajo es una ligera excusa para leer todo lo que cae en sus manos. Este segundo caso es el del escritor inglés Robert Burton (1577-1640). Contemporáneo de Shakespeare y de John Donne, dedicó toda su vida a sus escritos, con la paciencia de un panadero y la fruición de un obseso.

Su vida estuvo ligada a la biblioteca del Christ Church College, la institución más prestigiosa y aristocrática de la Universidad de Oxford, ciudad de la que apenas salió. Por las aulas de ese College han pasado personalidades tan relevantes en todos los órdenes del saber como Albert Einstein, que disfrutó de una beca de cinco años a principios de la década de los treinta, el filósofo John Locke, Lewis Carroll, trece primeros ministros británicos, el historiador Raymond Carr, el rey Eduardo VII, el poeta romántico Ruskin, el poeta contemporáneo Auden y un largo etcétera de protagonistas privilegiados de la historia de Occidente.

El primer contacto de Burton con la biblioteca del College data de 1599. Después de haber pasado unos años en el Brasenose College, entró en el de Christ Church el último año del siglo XVI para estudiar teología, y allí permaneció quince años. Cuando se licenció, ya conocía la biblioteca palmo a palmo, y había leído las obras fundamentales de la teología europea y de la literatura clásica y de su tiempo. Sabía latín tanto como inglés, lo que le permitió conocer la cultura mediterránea en la lengua en la que estaban escritos casi todos los libros fundamentales de la teología y la filosofía occidentales.

A veces pasaba días enteros en la biblioteca, leyendo y escribiendo. Le gustaba tanto concentrar el pensamiento para elaborar discursos teóricos como ensayar textos de índole literaria. Pero su tarea primordial era la formación personal. En esos quince primeros años, como estudiante, llegó a atesorar una erudición que no terminaba en la filosofía, la literatura y la teología, sino que se contagió al resto de las ciencias: estudió medicina,

física y matemáticas con la misma pasión que le llevaba a devorar poesía, teatro, novela o tratados teológicos.

El entorno del lugar era de ensueño, lo que le ayudaba a sentirse como en su casa. De hecho, el Christ Church es solo comparable en prestigio y belleza al Trinity College de Cambridge. De ello se ha hecho eco el mundo moderno, porque allí se han grabado películas como *Retorno a Brideshead*, basada en la novela de Evelyn Waugh, *Alicia en la País de las Maravillas*, remedo de la obra de Lewis Carroll, o *Harry Potter* en una época más cercana a la actualidad. Christ Church, con su biblioteca, su catedral y sus edificios majestuosos ha sido inspiración para escritores como Shakespeare, Yeats o Evelyn Waugh, y se ha tomado como modelo arquitectónico para construir edificios impresionantes en la Universidad Nacional de Irlanda en Galway, en la Universidad de Chicago, en la de Cornell (Nueva York), en la Universidad de Reading (Reino Unido) o en la catedral de Christ Church, de la ciudad del mismo nombre en Nueva Zelanda. Finalmente, Borges, otro bibliotecario que pasó su vida entre libros y elaboró una obra absolutamente libresca, puso al inicio de uno de sus relatos más famosos, “La Biblioteca de Babel”, las siguientes palabras de la parte segunda, II, IV, de la *Anatomía* de Burton: “By this art, you may contemplate the variation of the 23 letters”, una frase que nos recuerda todo lo que se puede hacer con algo más de veinte letras, que también son grafemas.

De hecho, el cuento de Borges supone la existencia de todos los libros posibles del universo local y temporal, de la absoluta cronotopía, de las combinaciones infinitas en una biblioteca que, como

la de Burton en la Universidad de Oxford, tuviese todo lo necesario para investigar cualquier tema hasta la saciedad.

Pero tanta perfección en el entorno de Oxford no fue siempre positiva para el erudito inglés. Ya en su época de estudiante, cuando la biblioteca era como su segunda habitación, incubó un mal del que no llegó a curarse, y que sería al fin el que le llevaría a elaborar su obra cumbre, el libro por el que ha pasado, con toda justicia, al monumento de las letras de oro de la literatura universal, su *Anatomía de la melancolía*, que comenzó a escribir en la biblioteca del College, ayudado por una ingente bibliografía, y publicó por primera vez en 1621, cuando era vicario de la iglesia de Santo Tomás, en Oxford.

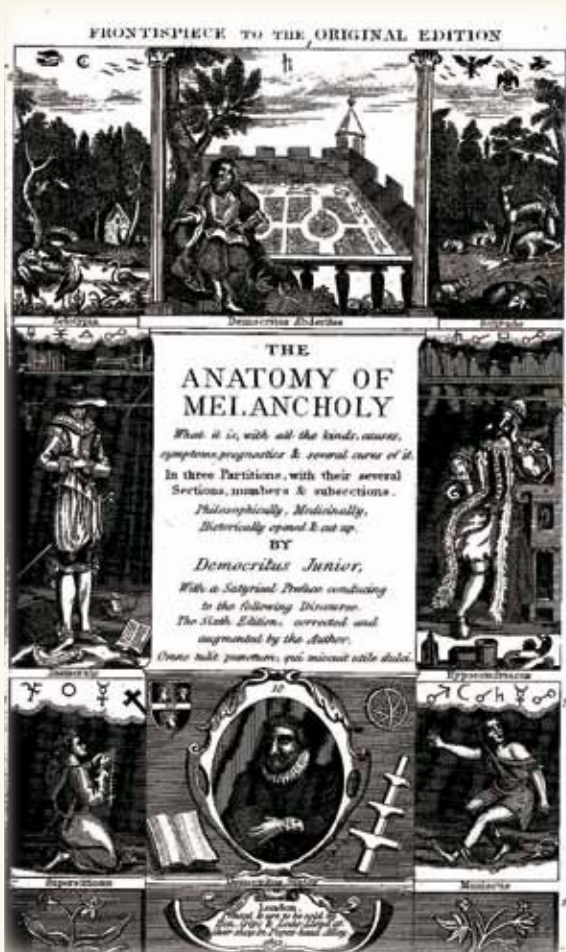
Tres años más tarde salió la segunda edición de su magna obra, corregida y aumentada, y en 1926 fue nombrado de modo vitalicio bibliotecario mayor del Christi Church College, lo que supuso una vuelta a los orígenes de su carrera intelectual. Burton permaneció en el cargo hasta su muerte, en 1640, y allí tuvo la ocasión de volver sobre su obra, para se-

guir alimentándola de bibliografía adecuada, la que encontraba sin descanso en la biblioteca de la que era el máximo responsable. De hecho, hubo cuatro ediciones más de la *Anatomía*, en 1628, 1632, 1638 y 1641, esta última publicada póstumamente. Cada una de ellas mejoraba la anterior ostensiblemente, por lo que todas las ediciones posteriores hasta nuestros días, que han sido cientos, y las traducciones, que no se quedan a la zaga, se han basado en la versión de 1641. Burton solía tomar notas durante la mañana de los libros que consultaba en la biblioteca, y después, casi siempre en las tardes, salía a caminar por la orilla del canal de Oxford dando vueltas a las ideas que llevaba escritas en los papeles, para ponerlas luego en la intención y el orden correctos, listos para la redacción definitiva, que se alargaba muchas veces más allá de la caída del sol.

Es cierto que Burton era feliz nadando entre libros, los que podía consultar durante lapsos larguísimos de tiempo en su horario habitual de trabajo en la biblioteca, pero también en sus amplias y abigarradas habitaciones, donde no había otra cosa que libros, los cuales descansaban en cualquier lugar. Pero esa felicidad provinciana se convertía muchas veces en rutina, y el tedio se le hizo insufrible. Por eso escribió la *Anatomía de la melancolía*, acuciado por el sinsentido de su existencia, entregada como un ermitaño en cuerpo y alma a la custodia de libros, a su lectura y a la compilación literaria. De hecho, en su tratado dice que una de las causas de la melancolía, es decir, de la tristeza, es el exceso de estudio, o el trabajo constante y monótono. Aunque no son las únicas.

Burton destaca también el deseo no compensado, los hechizos, encantamientos, poseer una imaginación demasiado despierta, la posición y movimiento de los astros en un momento concreto, la soledad, la pereza, todo lo relacionado con el sueño, por exceso o por defecto, la vanidad, el orgullo, la muerte de un ser querido o una mala alimentación. Finalmente, a veces también influye el amor o incluso la religión. En su caso, la melancolía estaba claramente relacionada con el tedio de su trabajo intelectual, siempre entre libros y habitaciones silenciosas, que eran a la vez su corona y su veneno, pero también su antídoto: leía y escribía sobre la melancolía para mantenerse ocupado entre los libros y liberarse de ella, como dijo en el prólogo a su obra.

Con ese bagaje, se entiende que la *Anatomía* no es solo un libro relacionado con la medicina. Es clara su filiación galénica, cuando relaciona ese mal con la bilis negra, regida por Saturno, uno de los cuatro humores del sabio de Pérgamo, pero es también una obra literaria, un clásico de la literatura inglesa, y un libro de filosofía, de teología, de mitología e incluso de crítica, una de esas obras totales donde se condensa un pensamiento profundo y extendido, una



Portada de la primera edición de *Anatomía de la melancolía*

erudición sin límites y una sabiduría natural que pasa por encima de cualquier formación académica o experiencial. Anthony Burgess, el autor de *La naranja mecánica*, dijo que *Anatomía* es el libro más espléndido de toda la historia de la literatura, y John Keats afirmó que habría dado su pierna preferida por haber escrito ese libro. Emil Cioran se refirió al título como el más bello que se haya inventado para un libro.

Christ Church, con su biblioteca, su catedral y sus edificios majestuosos ha sido inspiración para escritores como Shakespeare, Yeats o Evelyn Waugh, y se ha tomado como modelo arquitectónico para construir edificios impresionantes en varios lugares del mundo.

En fin, más de un personaje de cierta relevancia histórica reconoce que su lectura le sirvió para luchar contra la depresión, como al mismo autor, que quiso superar su melancolía escribiendo sobre ella. En la parte segunda de su libro, II, III, en un apartado titulado “Digresión sobre el aire”, dentro del contexto de los remedios para la melancolía, Burton trataba de explorar las consecuencias positivas de un cambio de aire, lo que significaría, en su caso, la posibilidad de romper por una temporada con su esclavitud bibliotecaria, con la vida entre letras e ideas, con la ausencia total de experiencias vitales. Burton imaginaba en ese pasaje que era un halcón que volaba en libertad por todo el mundo. En su viaje, recorría igualmente las minas de Potosí que las cuevas del norte de España, en la región cántabra, e iba desde el templo mayor del cristianismo, el de Jerusalén, donde se guardaba el sepulcro de Cristo, hasta el de Tenochtitlan, y de la Patagonia al Nilo. Conocía todos esos lugares gracias a los innumerables libros que lo acosaban por todos lados, pero no había estado en ninguno de ellos y su ansiedad era insaciable, tanto que el halcón se elevaba finalmente hasta la estratosfera y podía demostrar, con su propia vista, que Copérnico tenía razón, y que Galileo estaba siendo, por esos mismos años, injustamente juzgado, porque la tierra se movía a una velocidad vertiginosa, tanto sobre su propio eje como alrededor del sol (Burton, 1998, II, pp. 44-77).

Burton, cuyo afán de conocimiento era insaciable,

como puede verse en aquel viaje imaginario, utilizó para completar su tratado, no solo los volúmenes de la biblioteca de la que era director y los muchos libros que se amontonaban en cualquier rincón de sus habitaciones, sino también los fondos casi infinitos de la Biblioteca Bodleiana, que es la principal de todo el campus de la Universidad de Oxford. Esta fue creada en 1602, cuando Burton llevaba ya tres años estudiando en el Christ Church, y se inauguró con 2000 libros, reunidos por Thomas Bodley, del Merton College de Oxford. La Bodleiana sustituyó desde ese momento a la antigua biblioteca del siglo XIV, la de la Divinity School, donada por el hermano del rey Enrique V y bastante dispersa y desatendida desde comienzos del siglo XVI. Bodley realizó una gestión tan eficiente que en diez años hubo que trasladarla a otro edificio, pues su mentor había conseguido que descansara allí una copia de cada libro publicado en Inglaterra, a la vez que trataba de conseguir ejemplares de libros publicados en diversos países de Europa. Actualmente posee más de 9 millones de volúmenes en varios edificios de la universidad y en otras nueve bibliotecas anexas a la principal.

Por ello, no es de extrañar que la primera edición de la *Anatomía* constara de 900 páginas, aumentadas a 1500 en la definitiva. Con tantos medios a su alcance, con todo el tiempo del mundo por delante y con la necesidad acucian-

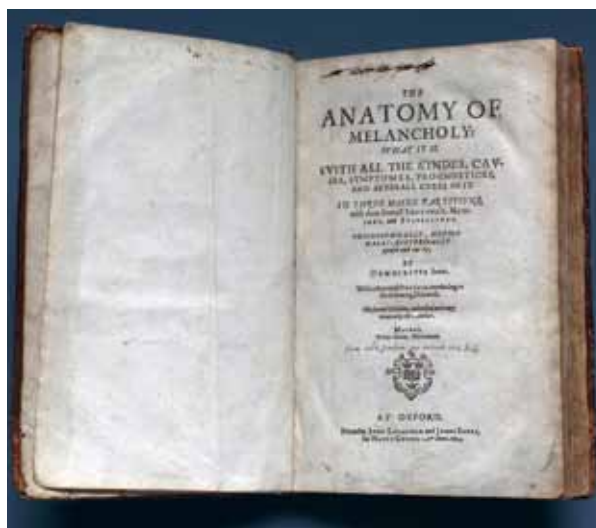
Burton trataba de explorar las consecuencias positivas de un cambio de aire, lo que significaría, en su caso, la posibilidad de romper por una temporada con su esclavitud bibliotecaria, con la vida entre letras e ideas, con la ausencia total de experiencias vitales.

te de luchar contra su enfermedad del alma, Burton completó finalmente más de medio millón de palabras con aquellas 23 letras que permiten variaciones casi infinitas, con 13333 citas de 1598 autores, además de sus propios razonamientos, pesquisas y divagaciones literarias y filosóficas. Del resultado final dijo el autor, con falsa modestia, que se trataba de un estilo improvisado, lleno de tautologías, imita-

ciones “simiescas”, con un montón de andrajos amontonados, después de haber recogido, en diversos basureros, “excrementos de los autores, bicocas y tonterías, sin arte ni juicio”, que hacen de su experimento un texto “vano, vulgar, ocioso, aburrido y seco”. Estos juicios desmesurados contrastan con lo que los grandes lectores de la historia de la literatura han proferido sobre ese tesoro, ya clásico, fundamental e irrepetible de las letras universales.

Cualquier erudito enamorado de los libros se habría entusiasmado con esa tarea bibliotecaria: en un lugar privilegiado, lleno de obras de arte, con un buen sueldo y apadrinado por el mismo rey de las Españas. Pero no: Arias Montano era fundamentalmente un hombre de acción.

Pero no fue esa su única obra. El tiempo libre que le dejaban sus labores de dirección de la biblioteca lo ocupó también en otras como el *Philosophaster*, una pieza dramática escrita en latín, de tono satírico al estilo de Plauto o Terencio, incluso de Aristófanes, con elementos filosóficos, políticos, datos sobre alquimia y ciencias naturales, y que fue representada utilizando como escenario el hall del Christi Church College. Burton fue un escritor cuyas fuentes eran claramente literarias y librescas. Y como luego haría



Edición en lengua original de la Anatomía de la melancolía

Borges, en ocasiones su vida comenzó a imitar a la literatura, a la filosofía, a las ciencias en general, de un modo casi peligroso. Burton murió en enero de 1640, concretamente el 25 de ese mes. Él había predicho la fecha de su tránsito con exactitud, mediante un cálculo relacionado con el día de su nacimiento. Esa fecha era el 25 de enero de 1640. Nunca se ha sabido si fue una casualidad, una corroboración de sus teorías ¿preborgianas? sobre el funcionamiento del universo, o algo premeditado por él mismo para quitarse la vida. La tesis del suicidio, para hacer coincidir la fecha con sus cálculos, y no quedar mal ante la comunidad intelectual, se ha barajado durante siglos, hasta hoy. De ser así, la vida fantástica de este bibliotecario de Oxford, consecuencia de su actividad intelectual, y no de sus experiencias, habría sido el detonante de esa muerte ejemplar, absolutamente literaria, impuesta por esa otra vida que está dentro de las bibliotecas, dentro de los libros pero, a la vez, muy lejos de ellos, en el vuelo estratosférico del halcón. ▲

Bibliografía

- Burton, R. (1998), *Anatomía de la melancolía*, Madrid: Asociación Española de Neuropsiquiatría, 3 vols.

Ficha técnica

AUTOR: Esteban, Ángel.

TÍTULO: El saber enciclopédico y melancólico de Robert Burton en su biblioteca de Oxford.

RESUMEN: Este artículo revisa la extensa experiencia bibliotecaria del escritor inglés Richard Burton (1577-1640), contemporáneo de Shakespeare y de John Donne. Trabajó durante casi toda su vida en la biblioteca del Chirst Church College, la institución más prestigiosa y aristocrática de la Universidad de Oxford. De sus años de investigación y reflexión en la biblioteca nació su obra maestra, *Anatomía de la melancolía* (1621), aclamada por los expertos como una de las más importantes de la literatura occidental.

MATERIAS: Burton, Richard / Autores Literarios / Bibliotecarios.